

con solidez, y además, aun cuando así fuese, no nos creemos competentes para erigirnos en profetas de lo futuro, ni en jueces de lo presente.

## CAPÍTULO V.

### VALLE DE MÉJICO.

Extension. — Propiedades del terreno. — Sus montañas. — Ascension. — Paisaje. — Colegiata de Guadalupe. — Tradicion piadosa. — Juan Diego. — Zacoalco. — San Cristóbal. — Pirámides de Teotihuacan. — Su descripción. — Estatua del Sol. — Vista pintoresca. — Misterios. — Batalla de Otumba. — Tercio español. — Vistosos arreos aztecas. — Su intrepidez. — Heróica resistencia de los Españoles. — Bizarria de sus jinetes. — Sandoval. — Esfuerzos inútiles. — Inspiracion de Cortés. — Muerte del cacique Cihuaca. — Ganan los Españoles. — Cerro de Chapultepec. — El palacio. — El bosque. — Reminiscencias austeras. — Tacubaya. — Sus quintas. — Tlalpam. — Corte de la Fortuna. — Los albures. — Las vacas. — Panteon. — Desierto de Cuajimalpa. — Album gigantesco. — La bóveda del secreto. — El pueblo de Mixcoac. — Defensa de Churubusco.

El valle en que se halla la ciudad es de forma oval y tiene  $48 \frac{1}{3}$  leguas de largo y  $12 \frac{1}{2}$  en su mayor anchura. Está rodeado de una cordillera de montañas en las que abundan la amigdalóida porosa llamada en Méjico tezontle, el pórvido, el basalto, la obsidiana y diferentes especies de lava. El terreno del valle es en general detrítico y de aluvion moderno, con bancos de caliza de agua dulce y de toba caliza, cubiertos de *humus* ó tierra vegetal. En algunos parajes dominan las eflorescencias salinas,

sobre capas mas ó menos areniscas; en otros dominan los conglomerados de formacion moderna: y en muchos se ven todos los caracteres propios de terrenos volcánicos. A una legua de la ciudad, hácia el N. E., hay manantiales de nafta; y á las 3 leguas, hácia el E., los hay de aguas termales. La absorcion atmosférica, tanto en la ciudad, cuanto en el VALLE, es de una fuerza que parece increíble. La sequedad de la atmósfera suele hacer bajar á 15° el higrómetro de Deluc y á 42° el de Sayssure. El VALLE parece ser el antiguo cráter de un gran volcan, cubierto por una costra térrea de formacion, y á menudo se ve sacudido por violentos temblores. Las mayores alturas de la cordillera de este VALLE son los cerros llamados el *Talapon* y el *Ajusco*; y este, que es el mas inmediato á la ciudad, tiene su cúspide á 13,140 piés sobre el nivel del mar desde la ciudad, y desde cualquier puesto del VALLE se ven constantemente en toda su magnificencia las dos montañas mas altas de la cordillera principal de los Andes mejicanos, llamadas la una el *Popocatepetl* y la otra el *Ixtlacihuatl* ó *Zihualtepetl*, cubiertas ambas de hielos perpetuos desde su cima hasta 3,800 metros de altura absoluta; esto es, casi la altura del Pico de Tenerife. El *Popocatepetl*, que es un verdadero volcan y á cuyo cráter subieron, primero el capitán Diego de Ordaz y dos años despues otro de

los conquistadores llamado Francisco Montañó, el primero en el año de 1519, tiene de altura 5,400 metros (ó 2,771 toesas) sobre el nivel del mar. En ningun punto del VALLE se encuentran vestigios metálicos ni graníticos, y la vegetacion es tan vigorosa como variada.

El cuadro que ostenta el grandioso anfiteatro de montañas, la ciudad de los palacios, los llanos, lagos y flores es bellissimo. La ciudad nos presenta un conjunto que la vista abraza completamente, y se complace en considerarlo como si fuese un castillo feudal gigantesco, con sus mil entradas, salidas y tránsitos, formados por sus calles; con sus patios en que convertimos las plazas; con sus regios aposentos que pueden imaginarse, donde aparecen sus mas bellos edificios, como la Minería, el Teatro Nacional ó el Palacio con sus torreones y baluartes que semejan las iglesias y capillas que por todas partes descuellan, y que en nuestras guerras civiles han servido de defensas; tambien podremos colocarle su jardin en la frondosa Alameda, y sus fuentes en los lagos de Texcoco y Chalco. Esta ilusion brota en nuestra mente sin grandes esfuerzos de la fantasía, pues cuando se contemplan las colosales y sublimes obras de Dios, al par que las de los hombres, aparecen las de estos como un punto pequeño que se pierde ante la Omnipotencia que revelan las pri-

meras; por esto Méjico parece un solo objeto reducido, comparado con esos mares de verdura, respecto de la excelsa cadena de sus montañas, y ante la celeste bóveda ilimitada. Por el Oriente se ven los espléndidos volcanes que alzan sus nevadas y gloriosas cumbres mas allá de la region de las tempestades, y parece que bañan sus bases en los argentinos lagos de Texcoco y Chalco: la vista se desliza por sus faldas hasta llegar al Sur, donde encuentra en plácido reposo la ciudad de Tlalpam, en medio de sus sotos y enramadas salpicadas de flores, rodeada del sombrío Pedregal, y dominada por las salvajes rocas del Ajusco. Despues, por la derecha, se ven la Magdalena y Contreras, colocadas en posiciones pintorescas y elevadas, y el pueblo de San Jerónimo dormido á la sombra de su risueño bosque, excitando la vista de estos pueblecillos tristes recuerdos de nuestro infortunio. Mas acá se presenta San Ángel, con su cascada de plata; al pié de los cerros hallamos á Mixcoac solitario, y á Tacubaya, ostentando sus hermosas casas de verano; á un lado se destaca Chapultepec con su canoso bosque y aéreo castillo, que despierta mil recuerdos; de aquí parten á la ciudad los dos acueductos que la proveen de agua potable. Los pueblecillos de Tacuba y San Joaquín se encuentran siguiendo el contorno del VALLE hácia el Noroeste, mostrando

sus pintorescas torres por encima de las arboledas de sus huertas; la iglesia de los Remedios parece trepar por encima de las montañas. Al Norte se descubre, en santa soledad y religioso recogimiento, la colegiata de Guadalupe, con sus casas, capillas, cerros y estériles campos, hasta llegar á los lagos, despues que la vista ha descrito un círculo completo, y recreándose tambien al observar los relieves caprichosos de las cimas de todas las montañas del VALLE, que se dibujan en una atmósfera serena. Para interrumpir la monotonía de sus campos tan inmensos, además de los pueblos nombrados y otros, se hallan salpicados de haciendas, chozas, molinos y ruinas de iglesias, con praderas sembradas de maíz, del verde esmeralda mas hermoso, ó de dorados trigales, de grupos y calzadas de árboles y de colinas sembradas ó incultas; todo nadando en un océano de luz, bajo el dosel espléndido del cielo, ostentando todos los objetos sus brillantes colores, y los lagos retratando en sus espejos nubes aéreas y graciosas. Cuando la tempestad atraviesa el VALLE con su crujiente carro de fuego, y le habla con la poderosa voz del trueno, cubierta su faz con su ropaje de negras nubes, entonces despliega una pompa siniestra que halaga á las almas fuertes con terror sombrío. Otras veces, cuando siente los invisibles pasos de Dios, retiembla de pavor con sus monta-

ñas, gentes, árboles y aguas, con mudo espanto, que se comunica á todo; entonces con su elocuente silencio y señas magníficas, instruye en el poder tremendo del Criador. Pero cuando luce un dia sereno, despues de una noche de tormenta, parece que la reina de Anáhuac, que la beldad indiana, que Méjico rejuvenecida recobra su antiguo poderío, y se presenta como en los tiempos de la conquista, radiante de belleza, ataviada con las galanas flores de sus campos, y adornando sus sienes con la diadema que le forman las montañas de su valle, donde relucen cual dos gigantescos diamantes el Popocatepetl y el Ixtlacihuatl.

El *Santuario de la Virgen de Guadalupe*, patrona de toda la República, es el mas reverenciado, y se hacen grandes viajes de los departamentos lejanos, solo con la intencion de ver la imágen de la Virgen. La tradicion es simple y poética, y los actores de un origen humilde. Juan Diego era un indio nacido en el pueblo de Cuautitlan, recién convertido á la religion católica, de costumbres arregladas y sencillas. Su familia consistia en su esposa que se llamaba María Lucia, y en un tio, Juan Bernardino. La vida de Juan Diego se reducía á trabajar en el pueblo de Tolpetlac, de donde venia á Santiago Tlatilulco á oír la doctrina de los religiosos franciscanos, que administraban entonces la parroquia. Atravesando

en uno de sus viajes una serranía árida, cubierta de espinos y malezas, que terminaba en la orilla de la laguna, por lo que en el idioma mejicano se llamaba Tepetlyecaczol, que los Españoles pronunciaban Tepeyacac, que quiere decir nariz del cerro, Juan Diego oyó una música tan suave y armoniosa que nunca la habia escuchado igual, ni entre los Españoles, ni entre la gente del país. Detúvose para observar de qué parte venian estas armonías, y entonces vió un arco iris de bellísimos colores, y en medio de una nube blanca y trasparente, la figura de una mujer de hermoso y apacible rostro y vestida á poco mas ó menos como usaban las indias nobles y ricas de esos tiempos. Juan Diego se acercó sin temor, y entonces la Señora le dijo que era la Madre de Dios, que deseaba se le edificase un templo en aquellos lugares, y que dispensaria su proteccion y amparo á los que de corazon se acogiesen á ella. Ordenó asimismo á Juan Diego que inmediatamente refriese al obispo lo que habia visto y oído. El indio lo hizo efectivamente así, y se dirigió á la casa de D. Fr. Juan de Zumárraga, del orden de San Francisco, que era entonces obispo de Méjico, y aunque tuvo mucha dificultad para entrar logró por fin hablar al prelado, é imponerle de cuanto habia ocurrido; pero no recibió respuesta satisfactoria, porque el obispo creyó que no eran

mas que visiones y quimeras de un indio que acababa de dejar el culto de los ídolos. Juan Diego volvió desconsolado, pero por tres veces mas se le apareció la Virgen. La quinta vez Juan Diego desanimado con las repulsas del obispo, y hallándose su tío Juan Bernardino gravemente enfermo, le pareció preferente negocio el buscar un confesor para que lo auxiliase, y así se desvió del camino para no encontrar en esa ocasion á la Señora que siempre se le aparecía; pero su intento fué vano, porque en el lugar donde todavía se halla un manantial de agua sulfurosa, la Virgen le salió al encuentro, le aseguró que su tío estaba ya perfectamente sano, y le ordenó que subiese á la cumbre del cerro á recoger diversas flores para que las llevase al obispo como comprobacion de la verdad de todo lo que le habia referido. En aquellos cerros cubiertos únicamente de espinas y abrojos, jamás se habian producido flores ningunas; sin embargo Juan Diego las encontró fragantes y olorosas, las recogió en su *tilma*, y se dirigió á Méjico á presentarlas al obispo, el cual habiendo sabido que le llevaba la señal que le habia significado pidiese á la Virgen, salió al salon lleno de la mayor curiosidad é interés, y acompañado de algunos sacerdotes y familiares. El indio refirió sencillamente lo que le acababa de pasar, dejó caer las dos puntas de su *tilma* para mostrar las

flores, y entonces el obispo y los circunstantes cayeron de rodillas ante la imágen, que apareció pintada en la capa ó *ayatl* del feliz y afortunado Juan Diego. Este suceso aconteció del 9 al 12 de diciembre de 1531, á los diez años y cuatro meses de la conquista, siendo pontífice Clemente VII y rey de España Carlos V. Luego que el obispo Zumárraga se recobró un tanto de la admiracion y pasmo que le sobrecogieron con la vista de aquellas flores llenas de frescura y fragancia y de la singular imágen estampada en la manta, llenó de cumplimientos y agasajos á Juan Diego, mandó buscar á Juan Bernardino, el que efectivamente habia sanado de su enfermedad, y dispuso reconocer acompañado de varios capellanes y personas notables los lugares donde, conforme á las relaciones de Juan Diego, se habia aparecido anteriormente la Virgen. Lo hicieron así, oraron y besaron con gran devocion y reverencia los sitios indicados, y regresaron al palacio episcopal que estaba en donde hoy es la calle de Donceles, y colocaron allí provisionalmente á la imágen, la que algunos dias despues fué trasladada á la catedral. Inmediatamente se mandó construir en *Tepeyacac* una ermita á expensas del señor Zumárraga, á donde la Virgen fué llevada el año siguiente de 1533, en medio de una procesion solemne, á la que concurrieron no solamente las

autoridades y vecinos españoles, sino tambien multitud de indios adornados con trajes de lana finísima, penachos y rodela de plumas de colores, que por todo el camino fueron recitando canciones y bailando *mitotes*, en honor de su nueva Reina y Soberana. Fabricó junto al templo una casita Juan Diego, y se dedicó enteramente al culto de la Virgen durante 47 años que sobrevivió, pues falleció el de 1548, á los 74 años de edad. Durante 90 años permaneció la Virgen en ese primer templo, que era de poca extension y mezquina arquitectura; habiendo crecido entre los fieles católicos la devoción á la Virgen, se colectaron muchas limosnas, y se comenzó á edificar la hermosa catedral que hoy existe, la cual se bendijo solemnemente á mediados de noviembre del año de 1622 por el Ilmo. señor D. Juan de la Serna, que era arzobispo de Méjico. La sola fábrica material costaba hasta entonces mas de 800,000 pesos, además del valor de un tabernáculo de plata que regaló el virey, conde de Salvatierra, y de sesenta lámparas tambien de plata, que estaban colgadas de la bóveda del templo.

Cerca de esta magnífica Colegiata, y rumbo á los llanos de Apam, está el pueblecillo de *Zacoalco*, notable por ser donde los conductores del pulque de aquellos rumbos lo bautizan con agua para introducirlo á la capital cristianamente. El pulque de

esos rumbos es el mejor, y los magueyes la verdadera riqueza de aquellas haciendas.

Siguiendo mas adelante se encuentra otra poblacion corta, llamada *San Cristóbal Ecatepec*, y notable por ser el lugar donde fué fusilado el héroe de Cuautla Amilpas; y allí en el mismo sitio de su sacrificio se alza una cruz, que recuerda al viajero tan triste acontecimiento.

Por el mismo rumbo que hace poco visitamos, pero á mayor distancia, se encuentra á *San Juan Teotihuacan*, célebre por sus dos pirámides, que nos causaron grande impresion, y que con excepcion del templo de Cholula, son los restos mas antiguos probablemente que existen en Méjico. Fueron halladas por los Aztecas, segun sus tradiciones á su entrada en el país cuando Teotihuacan, *la morada de los dioses*, era una ciudad floreciente, rival de Tula, la grande capital Tolteca. Las dos pirámides principales fueron dedicadas á *Tonatiuh*, el sol, y á *Meztlí*, la luna. La primera, que es notablemente la mayor, segun las últimas medidas se ha hallado que tiene ciento ochenta y dos piés de largo en la base, y ciento ochenta piés de alto, dimensiones no inferiores á aquellas de algunos de los monumentos de Egipto de este género. Estaban divididas en cuatro pisos, de los cuales tres son ahora discernibles, mientras los vestigios de las intermedias graderías

están enteramente borrados. De hecho, el tiempo ha obrado con tanta fuerza sobre ellos, y los materiales han sido tan desalojados por la traidora vegetación de los trópicos, mofándose con su florido manto de la ruina que causa, que no es fácil discernir, á primera vista, la forma piramidal de las estructuras. Estas grandes masas poseen tal semejanza con los montecillos, que algunos han imaginado que eran eminencias naturales adaptadas por la mano del hombre á una forma regular, y exornadas con los templos y explanadas, cuyos restos todavía cubren las faldas. Pero otros, no viendo ejemplo de igual elevación en la ancha llanura en que permanecen, infieren, con mas probabilidad, que son enteramente de una construcción artificial. El interior está compuesto de barro con guijarros, incrustado en la superficie con la ligera y porosa piedra *tetzonili*, tan abundante en las cercanías. Sobre esta habia una espesa capa de estuco, semejante en su rojizo color al hallado en las ruinas del Palenque. Segun la tradición, las pirámides están huecas, pero hasta ahora los trabajos para descubrir la cavidad en la dedicada al sol han sido infructuosos. En la otra se ha encontrado una abertura en la parte meridional, á los dos tercios de elevación. Está formada por una estrecha galería, donde penetrando á algunas varas de profundidad, termina

en dos pozos. El mayor de estos tiene el fondo á los quince piés, y los lados están cubiertos con adobes; pero nadie sabe á qué uso estaban destinados. Tal vez para guardar las cenizas de algun poderoso jefe, como el solitario recinto descubierto en la gran pirámide de Egipto. Que estos monumentos estaban dedicados á prácticas religiosas, no tiene duda; sirviendo á la vez acaso de sepulcros y de templos. Señales distintas del último destino son visibles en la cima de la pirámide mas chica, y consisten en los restos de paredes de piedra, mostrando una construcción de considerable tamaño y fortaleza. No hay vestigios en la cúspide de la pirámide del sol. Pero el que se toma el trabajo de subir á su calva cima, queda ampliamente compensado con la espléndida vista que descubre. Hacia el Sudeste se ven las colinas de Tlascalá, rodeadas por sus plantíos verdes como la esmeralda, y sus cultivadas llanuras de trigo, en medio de las cuales permanece la pequeña población, en otros dias la soberbia capital de la República. Algo mas allá, hacia el Sur, la vista atraviesa las hermosas llanuras que yacen al rededor de la ciudad de Puebla; y al Oeste el VALLE de Méjico, que se extiende como un mapa con sus disminuidos lagos y su orgullosa capital, levantándose aun á mayor gloria de sus ruinas y sus ceñudas colinas, reuniéndose gravemente á su rededor, como

en los días de Moctezuma. La cima de la mas grande elevacion se dice haber estado coronada por un templo, en el que habia una colosal estatua de su deidad propicia, el sol, hecha de un solo trozo de piedra, y mirando al Oriente. Su pecho estaba protegido con una placa de oro bruñido en el que los primeros rayos del naciente luminar centelleaban. Un anticuario, en la primera parte del último siglo, habla de haber visto algunos fragmentos de la estatua. Aun se descubria en la invasion de los Españoles, y fué demolida por el infatigable obispo Zumárraga, cuya mano cayó con mas peso que la del mismo tiempo sobre los monumentos aztecas. Al rededor de las principales pirámides hay un gran número de otras pequeñas, rara vez pasando de treinta piés de altura, que segun la tradicion estaban dedicadas á *las estrellas*, y servian de sepulcros á los grandes hombres de la nacion. Están arregladas simétricamente en calles que terminan á los lados de las grandes pirámides, que dan á los puntos cardinales. La llanura en que se hallan se llama *Micoatl*, ó camino de la muerte. Se encuentran á veces, cuando ara el labrador en olvido completo de aquellos grandes recuerdos, puntas de flecha, y hojas de obsidiana, que acreditan el espíritu guerrero de su primitiva poblacion. ¡Qué de pensamientos cruzan por la mente del viajero, cuando vaga entre estas

memorias de lo pasado; cuando huella las cenizas de las generaciones que levantaron estas fábricas colosales, que nos llevan desde lo presente á los mismos abismos del tiempo! ¿Pero quiénes fueron sus constructores? ¿Eran los misteriosos Olmecas, cuya historia, como la de los antiguos Titanes, está perdida en las sombras de la fábula, ó, como se ha mencionado vulgarmente, los pacíficos é industriosos Toltecas, de quienes todo lo que podemos columbrar descansa en tradiciones con dificultad mas seguras? ¿Qué sucedió con las razas que las construyeron? ¿Quedaron en el suelo, y se mezclaron é incorporaron con los fieros Aztecas que les sucedieron? ¿O pasaron al Sur, y hallaron un campo mas ancho para la expansion de su civilizacion, como lo muestra el carácter mas elevado de sus ruinas arquitectónicas en las lejanas regiones de Centro-América y Yucatan? Todo es un misterio sobre el que el tiempo ha arrojado un velo impenetrable, que ninguna mano mortal puede levantar. Una nacion ha cruzado, poderosa, populosa y muy adelantada en el refinamiento, como lo atestiguan sus monumentos; pero ha perecido sin nombre. ¡Ha muerto sin dejarnos ningunos rasgos de su vida!

A corta distancia de estos monumentos célebres está el pueblo de Otumba, que se compone de algunas casas regulares, una plaza con unos portales,



la parroquia y dos mesones; no tiene en el día importancia alguna, si no es para el amigo de las antigüedades, de la vida desvanecida, de los cementerios de los acontecimientos grandes. Cuando Cortés, después de la retirada en la famosa *Noche Triste*, se dirigía á buscar un refugio en Tlascalá; cuando su pequeño tercio trepaba á los cerros que cierran el valle de Otumba, su descubierta volvió con la noticia de que un poderoso cuerpo estaba campado en la otra parte, probablemente aguardando su llegada. Esta noticia pronto se confirmó por sus propios ojos, cuando dieron vuelta á un crestón de la sierra, y miraron desplegada abajo una hueste numerosa, llenando toda la profundidad del valle, y dándole la apariencia, por las armaduras de algodón de los guerreros, de estar cubierta de nieve. Este espectáculo podría resfriar á hombres muy bravos, pero aquellos Españoles tenían corazones de león. Consistía aquella muchedumbre en levadas de todo el país convecino, y especialmente del populoso territorio de Tezcuco, traídas á instancias de Cuiclahua, sucesor de Moctezuma, y ahora concentradas en este punto para disputar el paso á los Españoles. Cada jefe de nota había tomado campo con todos los suyos rodeados bajo su estandarte, desplegando orgullosamente toda la pompa y rudo esplendor de su equipo militar. Hasta donde la vista

podía alcanzar, se descubrían escudos y ondulantes banderas, yelmos fantásticos, selvas de brillantes picas, el brillante plumaje del jefe, todo mezclado en salvaje confusión, y agitándose aquí y allá como las olas de un mar irritado. Fué un momento solemne cuando el adicto y pequeño tercio con firmes rostros, y su usual intrépido pié, descendió á la llanura, para ser tragado, como parecía, por el vasto océano de sus enemigos. Estos se lanzaron con impetuosidad á encontrarlos, haciendo resonar las montañas con los discordantes aullidos y gritos de guerra, y enviando descargas de piedras y flechas que por un momento oscurecieron la luz del día. Pero cuando se estrecharon las delanteras filas de los dos ejércitos, la superioridad de los cristianos fué sentida ya, porque sus antagonistas caían rechazados ante las cargas de caballería, entrando en confusión por su mismo número, que los empujaba de atrás. La infantería española siguió el movimiento, y un ancho campo se abrió en las filas del enemigo, que cejando por todas partes, parecían deseosas de conceder libre paso á sus antagonistas. Pero era para volver sobre ellos con fuerza acumulada, cuando rehaciéndose daban sobre los cristianos, envolviendo el pequeño tercio por todos lados, que con su erizado aparato de largas espadas y dardos, permanecía firme, según las palabras de un

contemporáneo, como una isleta en la mar combatida de las olas por todas partes, pero en vano. La lucha era desesperada y cuerpo á cuerpo. Los Tlascaltecas parecían renovar su fuerza, puesto que combatían casi á la vista de sus colinas natales; y como el Español, con la horrible suerte del cautivo ante sus ojos. Muy bien desempeñaron su deber los jinetes este día, cargando en pequeños grupos de cuatro ó cinco unidos, que se hundían en lo profundo entre las hileras enemigas, arrollando con sus caballos las rotas filas, y por medio de esta ventaja temporal dando fuerza y valor á la infantería. No había allí una sola lanza que no estuviese empapada en la sangre del infiel. Entre todos, el joven capitán Sandoval se recuerda particularmente por sus intrépidas proezas. Manejando su brioso corcel con fácil destreza, partía cuando menos esperado, en lo mas recio de la contienda, volcando á los mas robustos guerreros, y regocijándose con el peligro, como si fuera su elemento natural. Pero estas bizarras ostentaciones de heroísmo servían solo para engolfar á los Españoles en la masa del enemigo, que apenas era mayor la débil probabilidad de tajarse camino entre los densos é interminables batallones, que de abrirse paso con sus espadas hácia las montañas. Muchos de los Tlascaltecas, y algunos Españoles, habían caído, y ninguno dejaba de estar

herido. El mismo Cortés había recibido un segundo tajo en la cabeza, y su caballo estaba tan dañado que se vió precisado á desmontar, y tomar uno del tren de bagajes, animal fuerte que lo llevó bien entre el tumulto de la jornada. Hasta ahora el combate había durado por varias horas. El sol rodaba alto en los cielos, y lanzaba un ardor intolerable sobre la llanura. Los cristianos debilitados por previos sufrimientos, y desmayados con la pérdida de sangre, empezaron á laxar en sus desesperados esfuerzos. Los enemigos, continuamente apoyados por refuerzos de la retaguardia, estaban todavía en buen estado, y prontos en percibir su ventaja, urgían con fuerza redoblada sobre los Españoles. La suerte del día pronto se iba á decidir en contra los cristianos, y todo lo que les quedaba era vender sus vidas lo mas caro posible. En este crítico momento, Cortés, cuyos incansables ojos habían estado girando al rededor del campo en busca de algun objeto que le pudiese ofrecer los medios de detener la ruina que llegaba, alzándose sobre los estribos, descubrió de lejos, en medio del tropel, al jefe, que por su vestido y militar cortejo conoció que debía ser el comandante de las fuerzas bárbaras. Estaba cubierto con un rico sobretodo de manufactura de pluma; y un penacho de bellas plumas, fastuosamente engastadas en oro y piedras preciosas, flotaba sobre

su cabeza. Arriba de este, y adherido á su espalda, entre los hombros, habia una pequeña asta, llevando una red dorada como bandera, singular, pero acostumbrado símbolo de autoridad de un general azteca. El cacique, cuyo nombre era Cihuaca, era conducido en una litera, y un cuerpo de jóvenes guerreros, cuyos alegres y ornamentados vestidos los marcaban como la flor de la nobleza india, estaba en torno como guardia de su persona y del sagrado emblema. El ojo de águila de Cortés no bien cayó sobre este personaje, cuando resplandeció con el brillo del triunfo. Dirigiéndose rápido á los jinetes del lado, entre los que se hallaban Sandoval, Olid, Alvarado y Ávila, les mostró al jefe, exclamando: « ¡ Hé allí nuestro blanco ! Seguidme y apoyadme ! » Entonces, lanzando su grito de guerra, é hiriendo con su talon acerado á su cansado corcel, partió ciego á lo mas espeso de la turba. Sus enemigos retrocedian, atacados por sorpresa, y espantados de la ferocidad del ataque. Los que no fueron atravesados de parte á parte con la lanza, fueron abrumados por el peso del bridon. Los jinetes lo seguian de cerca detrás. Así barrieron con la furia del rayo, rajando las sólidas columnas en dos partes, sembrando su senda con los moribundos y muertos y saltando sobre toda clase de obstáculos interpuestos. En pocos minutos estuvieron en presen-

cia del jefe indio, y Cortés trastornando á sus sostenedores se arrojó adelante con la fuerza de un leon, é hiriéndolo con su lanza, lo derribó en tierra. Un jóven jinete, Juan de Salamanca, que se habia conservado junto á su general, se apeó pronto y despachó al cacique caido. Entonces, arrancándole su bandera, la presentó á Cortés como un trofeo al que tenia mejor derecho que nadie. Todo fué obra de un momento. La guardia sobrecogida por la rapidez de la acometida, opuso poca resistencia, y huyendo, comunicó su terror pánico á sus camaradas. Las nuevas de la pérdida pronto se derramaron por el campo. Los Indios, llenos de consternacion, solo pensaron entonces en escapar. En su ciego terror, su número aumentaba su confusion. Tropezaban unos con otros, imaginando que estaba atrás el enemigo. Los Españoles y Tlascaltecas no fueron tardos en aprovecharse del maravilloso cambio en el negocio. Su fatiga, sus heridas, hambre, sed, todo se olvidó en el ansia de venganza, y persiguieron al fugitivo enemigo distribuyendo la muerte en cada golpe, y tomando amplia retribucion de todo lo que habian sufrido en las sangrientas ciénagas de Méjico. Esta fué la famosa batalla de Otompan ú Otumba, así llamada comunmente por la corrupcion española del nombre. Se dió el 8 de julio de 1520. El número total de la fuerza azteca se calcula